

Mayo/39 - Jul/41 -
Vol. I. N.º 1

Mayo 1939

BABEL

REVISTA DE REVISTAS

Sólo lo mejor de cuanto se publica

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

SUMARIO

JEAN GUEHENNO
LEWIS MUMFORD
LUIS ARAQUISTAIN
J. EDWARDS BELLO
ANDRÉ GIDE
JEF LAST
EMIL LUDWIG
DIEGO RIVERA
B. SANIN CANO
EDMUND WILSON
ICNACIO SILONE
HORACIO QUIROGA

La fiesta de Hércules
El poder de lo patológico
Retrato de Hitler
Juicios extranjeros sobre Chile
Jef Last, poeta holandés
Dos fragmentos de un discurso en Madrid
Postscriptum a Mussolini
Programa de lucha o de adaptación
¿Quién es mi prójimo?
Stalin como icono
Un recuerdo infantil
Los Precursores

CHILE
Precio: \$ 1.00

NASCIMENTO

ARGENTINA
Precio: \$ 0.20

BABEL

REVISTA DE REVISTAS. — APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Editor y distribuidor: LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO + N.º 1 + MAYO 1939 + CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

RESURRECCION Y SIMBOLO

Aunque BABEL es en verdad, antes que una nueva revista, una revista de revistas que continúa de uno y otro lado de los Andes la publicación de "Trapalanda" y "Tres Ensayos", diremos, sin embargo, en el afán de ser explícitos con el lector que no las ha conocido, lo que nos proponemos ofrecerle en estos reducidos cuadernos mensuales que imprime con su acostumbrada pulcritud la Editorial Nascimento.

De acuerdo con el lema que destacamos en la portada, tendrá cabida en sus páginas sólo lo mejor de cuanto se publica; no todo, porque resulta imposible si se tiene en cuenta las propias limitaciones materiales, y no se olvida tampoco, que gran parte del pensamiento contemporáneo está al servicio de la propaganda más odiosa contra las ideas por su propio origen o el de sus sostenedores.

Libres de prejuicios, como buenos americanos, haremos naturalmente lugar a la polémica esclarecedora, seguros de que para tener razón no es preciso de ningún modo cortar la cabeza al adversario. Las ideas no se degüellan, ha escrito Sarmiento, hace más de cien años, en un paso de la cordillera precisamente, traduciendo a nuestro idioma un epígrafe vulgar de Fortoul: On ne tue pas les idées.

Hoy más que nunca sabemos que se puede arrojar a la cárcel o al destierro a un escritor libre para que se muera; pero no a su pensamiento, que siempre termina por sobrevivirle si es realmente creador y mueve a los hombres a la acción.

Bajo el signo de tan alta esperanza y sin ningún principio mezquino, salimos, pues, en este día consagrado a los trabajadores de to-

dos los países para brindar a los más cercanos e inteligentes una serie periódica de ensayos, artículos, poemas y narraciones de valor permanente o documental.

En cuanto al antiguo y ambicioso símbolo que elegimos para destacar una vez más nuestro modesto empeño de traductores y periodistas, la evidencia de su significado en todos los idiomas nos ahorra cualquier explicación. Con todo, queremos recordar el profundo sentido americano que le da Rubén Darío en los siguientes versos de su "Canto a la Argentina":

Aquí se confunde el tropel—de los que a lo infinito tienden—
y se edifica la Babel—en donde todos se comprenden.

E. E.

Un día José I, de Portugal, dispuso que todo portugués que tuviese entre sus ascendientes algunos grados de sangre israelita llevase un sombrero amarillo. Pocos días más tarde se presentó en la corte el anciano marqués de Pombal con tres sombreros de éstos bajo el brazo. Sorprendido el Rey le dijo: ¿Qué vais a hacer con esto? Pombal le respondió que deseaba cumplir las órdenes del monarca, pero que no conocía un solo portugués distinguido que no tuviese sangre judía en las venas. Pero—dijo el Rey—¿por qué lleváis tres sombreros? . . . Traigo uno para mí, replicó el marqués, uno para el grande inquisidor, y otro para si Vuestra Majestad desea cubrirse.

Lo cuenta H. López León en su
Historia de los Judíos de Bayona.

LA FIESTA DE HERCULES

POR JEAN GUEHENNO

De Nueva Cultura

LA fiesta del trabajo, la fiesta de Hércules es, a partir de este momento, la fiesta de todos.

Sé muy bien que el intelectual que hay en nosotros, piensa que tiene otro patrón: Prometeo, el ladrón del fuego. E incluso podemos sentirnos un tanto ebrios por la libertad que constituye nuestro privilegio. Pero la libertad es bien poca cosa, mientras no sea más que un sueño de ideólogos. No es más que una hermosa nube errante en un cielo de tarde, una veleta que da vueltas en lo alto de un campanario. Soñamos en ella, y nuestro sueño nos encanta. Pero estando en estas alturas nos olvidamos de los que trabajan alrededor de nosotros y hasta de nosotros.

Renan, que no es sospechoso de socialismo, acostumbraba decir, que la distinción que establecían los antiguos entre artes liberales y artes serviles, no podía seguir manteniéndose, si lo propio de las artes liberales en la antigüedad, consistía en una actividad en todos los sentidos gratuita—entendiendo por ello, sin provecho para aquéllos que las ejercían—mientras que lo propio de las artes serviles era el tolerar un provecho, una paga, una recompensa. Todo se paga hoy, hacía notar, todo quiere ser pagado. Y los que hemos venido más tarde a un mundo todavía más viejo, tenemos algún derecho a añadir que

lo que se paga mejor, lo que quiere ser pagado mejor es precisamente aquello que en otro tiempo hacía consistir su gloria en ser gratuito, en no estar pagado.

En ese mundo inarmónico en el que la concurrencia es la ley, todas las artes tienden a la servidumbre, mientras que lo que deseáramos es que todas las artes devengan liberales. El primero de mayo, es la fiesta de la gran esperanza humana, la fiesta de un mundo en el que toda pena llevaría conjunta la alegría de un libre consentimiento, en el que la noción del honor, estaría unida a la del trabajo.

Si, es necesario decirlo—y por qué no decirlo, rehusando para siempre a toda demagogia—me es difícil aceptar por completo, que todo trabajo pueda llegar a ser un día, un goce. El problema planteado por Henri de Man del goce en el trabajo, es el más grande que pueda ser propuesto. Pero dudo que pueda resolverse jamás totalmente. Siempre habrá algún trabajo que exigirá alguna penalidad y posiblemente alguna resignación. Lo digo con el profundo sentimiento del hombre que tiene la suerte de hacer el oficio que le place, de no hacer más que lo que le place; no es decir demasiado: de encontrar los más verdaderos goces de la vida en el tiempo dedicado a ganarla.

Pero tanto mejor para sentir que para la mayor parte de los hombres, el tiempo que emplean para ganar su vida no está hecho aún más que de pena y de servidumbre. Lo que queremos vivamente para todos, es la dignidad y la libertad.

Intelectuales: El problema de la libertad no es el problema de la libertad de nuestras pequeñas imaginaciones. Sólo los fariseos pueden plantearla en esos términos. Es el problema de la libertad de los que trabajan alrededor de nosotros, con nosotros. Y estoy seguro, de que los hombres que reflexionan y piensan, experimentarán un ardor nuevo, un goce creador desconocido aún, cuando reciban el soplo de una sociedad libre al fin.

Hay en la leyenda antigua un mito admirable : Hércules, el hombre de las obras menospreciadas, de los trabajos

inmundos. Hércules, el doloroso, ese bastardo, ese esclavo, ese héroe cuyas hazañas son los trabajos, libra a Prometeo, el héroe del pensamiento encadenado por los dioses. Un bajorrelieve nos conserva esta tradición. Prometeo sujeto a la roca, lleva sobre su rodilla el pájaro que le desgarran las entrañas. Hércules ha dejado detrás de él su maza y los despojos del león de Nemea. En sus manos lleva el arco justiciero.

La fábula conserva hoy su significado. No quiero referirme a esos campos de concentración, a esas islas, donde los poetas y los escritores esperan que el héroe del trabajo, el justiciero, venga y los libere. Pienso en nuestras mismas democracias incompletas aún. Todo lo que piensa, espera todavía la liberación. La verdadera libertad del espíritu es hermana del júbilo obrero. Depositemos, cómo hacía Michelet, nuestras obras, nuestras voluntades y nuestros pensamientos a los pies de Hércules.

EL PODER DE LO PATOLOGICO

POR LEWIS MUMFORD

De New Republic

EL error más grande que puede cometer hoy un hombre civilizado consiste en presumir que los valores fundamentales de la vida no han sido alterados en los países fascistas. Sin embargo, queda mucha gente que aun se resiste a creer que países que emplean el motor eléctrico y la radio se convierten, mediante una simple transformación ideológica en enemigos del pro-

gresismo en que está fundada la sociedad de nuestro tiempo. Demasiado pocos racionales para comprender la naturaleza de lo irracional, nuestros abogados de la "cooperación" esperan volver a los estados fascistas a las vías normales del intercambio humano. Como lo ha señalado bien Reinhold Niebuhr, tales mentalidades no creen en la existencia de un peligro absoluto; se

imaginan estar tratando una diferencia de grado. Pero se equivocan; están tratando una diferencia de clase. El fascismo es la barbarie codificada y coherente. Allá donde el fascismo ha adquirido conciencia, tanto en Italia como en Alemania, ha sistematizado sus engaños, erigido sus perversidades en una escala de valores y opuesto una serie de alternativas bárbaras a los ideales de nuestra civilización; ideales expresados primero en Judea y Grecia, universalizados por la Cristiandad y sostenidos con vigor en términos generales a través de otras civilizaciones por el espíritu de la ciencia humanística.

La misión del fascismo, según la misma jactancia de sus líderes, no es llevar a cabo la promesa de un mundo moderno, sino destruirlo. Los que confían en avenirse con el fascismo por medio de una política de "pacificación" o en evitar los horrores de la guerra por medio de una política de mera pasividad y aislamiento temeroso, no calculan el poder de las fuerzas irracionales que deben afrontar. Las victorias del fascismo no están basadas en la superioridad de los ejércitos fascistas o en la de sus jefes militares—ambos son en extremo dudosos—sino en otra cosa. El principio fascista consiste en fanfarronear ante los indecisos y amedrentarlos, pelear únicamente con los débiles y conquistar con salvajismo ejemplar a los desamparados. Su fuerza yace en su capacidad de desmoralización.

Tratar de entenderse con el fascismo sobre un principio democrático de convivencia y dejarlo en pie es abrir el camino a una conquista más completa de su parte. Cualquiera que sea la fuerza del fascismo ésta reside especial-

mente en su condición patológica: su inclinación a la suspicacia y al odio, su paranoia violenta, su premura para exaltar el ego mutilado por medio del crimen y el sadismo colectivos. Toda forma de engaño está justificada para el fascismo si redunda en beneficio del estado; nada dejó de usar el nacismo alemán, el fascismo italiano y el militarismo japonés. La tortura bestial de los presos políticos en los campos de concentración, el hundimiento pirático de indefensos buques de carga, el bombardeo sin piedad de civiles inocentes son sólo símbolos objetivos de esta filosofía de gobierno. No es una nueva filosofía: lo que resulta nuevo en el mundo moderno es su impunidad y desenfreno.

Esta patología colectiva tiene por supuesto una larga historia en las naciones afectadas: en Alemania es anterior en siglos al Tratado de Versalles—remonta por lo menos a la Guerra de los Treinta años—y Borgese ha mostrado en "Goliath" que las raíces del fascismo italiano son aun más antiguas. Pero cuando un desequilibrado amenaza con la violencia, urge más ponerle una camisa de fuerza que estudiar sus síntomas. Si hacemos justicia a los japoneses, alemanes e italianos, debemos quitar inmediatamente a los gobiernos fascistas la posibilidad de cometer daños irreparables. A diferencia de la política de los países democráticos, en la de los estados fascistas no hay lugar para los correctivos morales. Su barbarie es desenfrenada y su patología no tiene cura desde dentro. Lo que una gran proporción de italianos y alemanes pueden todavía pensar y sentir en su fuero íntimo no cuenta ya más aho-

ra. Carecen de medios de expresión y dentro de una generación la mayor parte de los valores que encierran serán extirpados por la escuela y el militarismo.

Lo que hace falta para impedir que la llama de la ideología fascista abraza el mundo es encender un fuego contrario. Debemos estar prontos para contestar a las demandas y exigencias irracionales de los fascistas con el único medio que su filosofía reconoce como válido: fuerza militar superior respaldada en un propósito moral dirigido en provecho de los valores de la civilización. Pensar que la civilización puede ser salvada a menor costo es un error. A la larga, el fascismo no puede competir con la democracia o soportar el riesgo de su desafío. De ahí que no se conciba límite a la agresión fascista contra la democracia hasta que todo el mundo no esté hecho a semejanza de la propia imagen maníaca del fascismo. La razón puede todavía emerger de este mundo irracional; la civilización puede ser aún rescatada de las manos de aquéllos que se jactan de

practicar la barbarie. Pero estas cosas sucederán no por un anhelo vago o por una "confianza en el tiempo"; sino por un enfrentamiento al fascismo con fuerza decisiva y empuje renovado, con un plan y un método que englobe las grandes esperanzas de la humanidad.

No hay que imaginarse que el fascismo se extenderá por todo el mundo sin tocar América; en cualquier país hay elementos mórbidos que ayudarán de buena gana los estragos de esta enfermedad, así como en cada individuo hay gérmenes que en circunstancias infelices pueden llevarlo a la prisión o al manicomio. Menos aun debemos imaginar que el fantasma en cuestión desaparecerá si cerramos con fuerza los ojos y sonreímos en forma propicia como hacen los niños. Desgraciadamente, el mundo actual no es propicio a la vida de los niños; los fascistas gozan arrojándoles bombas. Miles de hombres están ahora en los campos de concentración y "esperan que el tiempo cambie las cosas". El tiempo no cambia nada. Los hombres deben actuar.

Sólo un gobierno fuerte y apoyado en la opinión pública puede arrostrar la verdad, y aun buscarla; inseparable compañero de ella, no teme la expresión de las ideas, porque indaga las mejores y las más sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible.

LARRA.—Obras II.

RETRATO DE HITLER

POR LUIS ARAQUISTAIN

De Leviatán, Madrid

NO se comprenderá este complejo de motivos aparentemente tan disímiles como el servilismo y la manía paranoica de un hombre que se cree enviado por Dios, sin conocer la historia de su proceso psicológico. Es el resentido típico de la pequeña burguesía, a quien le aterra la perspectiva de caer en el proletariado. En ese sentido ha interpretado maravillosamente, con su vulgar y vacía elocuencia, la tragedia social de millones de seres que estaban en su caso. Le repugna la idea de ser obrero. Quiere ser arquitecto; pero la Academia de Bellas Artes de Viena le niega el ingreso por su poca inteligencia. Entonces se hace pintor, no de brocha gorda, como se ha dicho, sino de acuarelas. Falsifica obras conocidas y las vende. Hay un documento notarial donde el grabador Reinhold Havisch, entonces su amigo y cómplice, relata las trápacerías pictóricas de Hitler. Falsario antes que obrero.

Su horror a descender, como el piensa, a la condición proletaria le lleva a abominar de la clase obrera organizada, de una clase que, a su juicio, no tiene derecho a disputar a las clases superiores el dominio del poder; este dominio le está reservado a la pequeña burguesía, de la cual él se cree el representante mesiánico. De ahí nace su odio al marxismo, como voluntad política de la clase obrera, y el convencimiento de que su misión es destruirlo

para salvar a Alemania. Austria, su tierra nativa, no le preocupa, sino como una provincia del futuro Imperio de todos los pueblos germánicos. Necesita, en su paranoia, un escenario mayor. Provinciano austríaco, con alma de colono, sueña en la gran metrópoli. Como sueña—con “su rostro y cabeza de mala raza, mestizo, frente baja y huidiza, nariz fea, pómulos anchos, ojos pequeños, pelo oscuro”, según lo describió hace años, con toda exactitud, el profesor Gruber, de la Universidad de Munich, médico y etnólogo—en la raza aria, de la cual él está tan distante.

Triple resentido por su clase social decadente, por su nacionalidad de origen venida aún más a menos por la guerra, por su impura raza de mil sangres, este gran condotiero, cuando promete acabar con el marxismo, cuando ofrece la absorción de su patria austríaca por el Reich alemán, cuando impulsa el racismo, sólo se propone lisonjear a la oligarquía capitalista de Alemania, al sentimiento imperial de Alemania, a la megalomanía racial de los alemanes. Y cuando promete a la pequeña burguesía alemana la socialización del alto capitalismo, es que necesita su apoyo para que, como una ola humana creciente, le eleve a la cima del Estado, y es también que prepara el chantaje futuro por el cual ese mismo capitalismo le encomendará el aniquilamiento de las organizaciones

obreras de Alemania, a cambio de sostener sus tropas de asalto, y a la postre le entregará el poder.

Pero el condotiero se transfigura gradualmente. Al principio se conforma con ser el tambor mayor del Tercer Reich. Ya en 1924 tiene más altas ambiciones. En el discurso que pronunció en el proceso por alta traición, dijo entonces: "Lo que yo tenía ante los ojos era ser mil veces más que ministro. Yo quería ser el aniquilador del marxismo. Yo cumpliría esta misión, y si la cumplo, entonces el título de ministro sería para mí una ridiculez". Un biógrafo que se oculta bajo el título de *Tacitus Redivivus*, escribe en 1930 en su libro *Leben, Kampf und Traumflillen Adolf Hitlers*. Hasta el 8 de noviembre de 1923. Hitler no había querido ser más que el tambor del Tercer Reich. Más tarde ya no se conformó con este modesto oficio. En sus sueños construyó la Cámara baja y la Cámara alta del nuevo Reich y designó un canciller independiente y dictatorial como dominador de ambos Cuerpos legisladores. ¿Pero quién había de ser ese jefe supremo? ¡Un hombre inspirado por Dios! Hitler se dió pronto, con conmovedora sinceridad, a ofrecerse como el ejecutor de esa voluntad divina. "El condotiero se transmuta en héroe y el héroe acaba creyéndose el enviado de Dios para redimir a Alemania de judíos, de marxistas y del yugo extranjero.

Sin embargo, este superhombre es al propio tiempo el prototipo de la timidez y de la indecisión, lo que explicará muchas cosas. Se siente seguro entre sus tropas y en la tribuna donde derrama sobre las cándidas muchedumbres el torrente de su oratoria. Enton-

ces es como iluminado, como un poseo. Habla sin darse cuenta de lo que dice, arrebatado por una especie de locura palabrera. Así como hay estados psicopáticos que paralizan los centros de la palabra, hay otros, sin duda, que la disparan como un turbión de sonidos articulados. Un alto funcionario alemán me contaba una vez un hecho significativo que él había presenciado. Estando en una ocasión en la tribuna donde Hitler hablaba, observó que éste interrumpía con frecuencia su discurso, al parecer para consultar un rimero de cuartillas que tenía por delante. Concluido el acto, mi informador pudo acercarse a las cuartillas y examinarlas, curioso de conocer las notas de que se había servido el orador: "Espacio", "Más espacio", "Pausa", "Menos prisa", "Pausa", "No gritar", "No correr", etc. Eran los frenos que Hitler trataba de poner a su desbocada e irreflexiva elocuencia.

En sociedad es un tímido, dominado seguramente por un complejo de inferioridad, a causa de la torpeza de sus modales y de su escasa cultura. Véase esta descripción de Wigand von Miltenberg, en su libro *Adolf Hitler Wilhelm III*: "Sus ademanes son feos, sin libertad; ninguno es completo, redondeado. En ellos se expresa la ansiedad del hombre pequeño encumbrado, que teme haberse equivocado otra vez, pero que no sabe como salir del atolladero. De ahí que sea o torpe o brusco, sin tener nunca la íntima reserva del jefe seguro. Puede ocurrir que en un desfile pliegue las manos sobre el vientre, como una patrona de casa de huéspedes berlinesa... Lo peor es que se encuentre en una situación inesperada. Enton-

ces se desinfla el parvenu y se torna tímido y embarazado. En una ocasión le vi tropezar con una alfombra en un hotel. Había que ver como se volvió varias veces para mirar iracundo a la pícara alfombra”.

Mi impresión personal de Hitler es la misma. Sólo le vi una vez—en los primeros días de febrero de 1933, a los pocos de ser él el Gobierno—en la comida anual que Hindenburg daba al Cuerpo diplomático. Primero vino a saludar en el salón, antes de la cena, uno por uno, a los invitados. En la mesa hubo que alterar el protocolo para que Hitler se pudiera sentar al lado de la embajadora de Italia, sin duda, para estar más en su ambiente político y por ser quizá este país uno de los que menos ignora. Por cierto que esa modificación protocolaria determinó que el nuncio y la señora embajadora rusa se tuvieran que sentar juntos. ¡Roma y Moscú! De tarde en tarde, el prelado sonreía a la dama soviética y le dirigía una palabra, sin duda, amable; pero en su fuero interno es probable que estuviera maldiciendo a Hitler, cuya presencia en el banquete había obligado a aquel desbarajuste protocolario y expuesto al representante del Vaticano a una contaminación comunista. Después de la cena, Hitler se refugió en un rincón de la sala, donde le asediaron la mayoría de los diplomáticos, afanosos de atraerse sus simpatías. Hindenburg estaba en el centro de la estancia, de pie, apoyado en un bastón y rodeado nada más que de señoras, como un monumento de otra época, tallado en roble. Los varones buscaban a Hitler, que parecía allí, a los ojos de los demás, el verdadero jefe del Esta-

do. Pero se advertía que a él le embrazaba aquel cortejo de hombres cuyo oficio principal era hablar varias lenguas, vestir con desenvoltura el frac y saber moverse en los salones: tres cosas que él entonces no conocía. Era que el frac, sobre todo, le atormentaba; acaso se lo ponía por primera vez.

Yo también tuve que devolverle el saludo, invitado por uno de los secretarios. Nos estrechamos de nuevo la mano sin ninguna efusión; yo era un marxista, uno de la horda que él había sido llamado por Dios a destruir; en el Cuerpo diplomático de Berlín no había más socialistas que el ministro de Finlandia y yo. Hablamos dos minutos, mejor dicho, se suscitó el tema de los idiomas, si no recuerdo mal por Meissner, el hábil secretario de la Presidencia del Reich, que hacía junto a Hitler en aquel momento de introductor de embajadores. Meissner, inteligente y locuaz, se dió cuenta que entre el canciller y yo había poco que decir y comenzó a disertar sobre las lenguas. Hitler le preguntó que cuantas hablaba, y cuando Meissner le contestó creo que cinco o seis, el tímido superhombre, que habla mal hasta la suya propia, le miró con admiración supersticiosa. Aproveché la primera pausa para despedirme de Hitler con un apretón de manos tan frío como el anterior. Probablemente le repugnó estrechar mi mano marxista. También a mí me repugnó por su turbia historia pasada; pero hoy, después de los asesinatos del 30 de junio y 1.º de julio, me repugna infinitamente más haberse la estrechado.

De cerca se comprueba que Hitler es un ídolo de barro. Si impresiona es

por su vulgaridad. De estatura media, mucho más baja de lo que representan las fotografías, sobre todo cuando está en la tribuna, flácidas, nada varoniles, las mejillas, torpe de movimientos, no es el gigante de hierro que ha creado la leyenda, ni el dios que él se imagina. Le falta todo para ser un verdadero Führer, un gran conductor de hombres. Como ha escrito un alemán, E. Friederich: "Para ser un líder en el

sentido de un Pericles, de un Napoleón, de un Freiherrn von Stein, de un Lenin, le falta lo que da seguridad en sí mismo a un hombre que está en la cumbre: frialdad en el análisis (ante todo respecto de sí mismo), dureza hasta la severidad, carencia de prejuicios en las grandes decisiones, serena gravedad en la contemplación de las cosas y aquel grado de soledad íntima que da independencia y tenaz energía".

JUICIOS EXTRANJEROS SOBRE CHILE

POR JOAQUÍN EDWARDS BELLO

De La Nación

DESDE hace cierto tiempo los viajeros o turistas informados por dos noches de paso en Santiago han dado en escribir definiciones sensacionales sobre la raza y el país chileno. Es una moda.

Este fenómeno proviene de la desgracia de no haber podido averiguar qué es lo que somos. Por eso, cuando un señor X o Z escribe diciendo: "los chilenos son húngaros", entonces agotamos la edición. ¡Ah, fíjese usted, éramos húngaros y no lo sabíamos! ¡Y cuál es la característica de Chile? —Que la gente tiene el cráneo en la forma de melón Cantaloup. ¡Ah, fíjese! Tampoco lo sabíamos.

Entonces, los articulistas se ponen a comentar nuestra raza y a nuestro cráneo.

No es raro que los turistas dados a la escritura comiencen a tomarnos el pelo; ya saben que sufrimos la manía de averiguar qué cosa es Chile y qué efec-

to producimos con nuestros trajes de paños de Tomé y nuestras discusiones politiqueras. Otra manía consiste en saber qué impresión producen nuestros asilos, nuestros rotitos y los pordioseros. Por fin, un escritor genial ha dado con el asunto. Chile, según él, se parece a Grecia. Santiago es un resumen de Atenas, no del Bar Atenas, sino de la verdadera capital de Grecia.

En Estados Unidos nos conocen por libro, sin figura literaria. ¡Por libro! Existe una obra titulada *Advertising in South America*, donde ponen en guardia al comerciante sobre la manera de tratarnos. Desde luego, es preciso que el viajero yanqui, cuando desembarque en nuestras costas diga: "¡Qué país más maravilloso! Este es el paraíso del turismo".

Por eso la gente crédula en Mejillones, Arica, Iquique, Tongoy y Quilpué, quiere construir hoteles de turismo. Después de admirar el paisaje, el turista

debe exclamar: "¡Oh, la mejor fruta, la mujer más linda y... la cordillera al fondo!" En seguida, al llegar a la capital, debe decir que le recuerda mucho Atenas, Roma y París. "Chile es un país de ensueño; la pesca, la caza..." Después de halagarnos tan ingenuamente, el turista-vendedor, vende.

Nosotros quedamos pensando en las maravillas nacionales. El yanqui lo dijo: "Chile vale más que todo".

Yo me pregunto: ¿Es posible que la gente espere encontrar el secreto de nuestro país dentro de una fórmula explicativa? Esperamos que los extranjeros vengan a destapararnos los ojos. ¿Acaso estamos rodeados de un misterio mitológico? ¿Somos víctimas de un maleficio colectivo que nos nubla la vista? ¿Acaso el carácter de un país es algo geométrico, a propósito para encontrar cabida en la fórmula de un turista?

Yo digo: no se puede pretender encerrar la explicación de una sociedad y de diversas capas sociales en fórmulas precisas. Un país es millones de aspectos que solamente podrían revelar por partes los novelistas, narradores o historiadores. Por ejemplo, cuando un escritor como Sommerset Maughan describe a un mexicano, uno siente que se encuentra delante de un mexicano vivo, verdadero, esto es, delante de un caso, tomado desde un punto de vista. Es claro que en México, y en todas partes hay millones de casos. Para empezar preguntemos: ¿Qué es un chileno? Desde luego, el más chileno de los chilenos, sin mezcla, es el fueguino o el alacalufe; después vendrá el araucano, algo mezclado; después, el mapuche, y así sucesivamente, el mestizo, el hijo de europeos de dos o tres genera-

ciones, hasta los hijos de los turcos, judíos, yugoeslavos y otros extranjeros de la actualidad.

Si pretendiéramos sacar un resumen del carácter nacional derivándolo de los juicios generales dados por viajeros sin antecedentes, caeríamos en la confusión. A la fecha podríamos poner tienda de pareceres sobre Chile, al gusto del cliente. El tendero preguntaría:

—¿Quiere usted que Chile sea Grecia? ¿Es usted artista, literato? Bueno. Llévase la obra del señor De Lawe. Ahí se sentirá griego, heleno hasta la médula, héroe de la Hélade, fecundada por las abejas panidas del Monte Himeto. ¿Quiere usted que Chile sea una tierra de zulúes salvajes y antropófagos, mezclados con presidiarios españoles? ¿Quiere que no haya en el país un solo puerto decente, ni un sanatorio? Compre en el acto la obra del alemán Casimir Edschmid, *Glandz und Elend Sudamerikas*, esto es, *Esplendor y Miseria en Sudamérica*. Se trata de una obra famosa, traducida al inglés bajo el título de *South America, Land of Contrasts*. Edschmid habla de nuestro pueblo en forma despectiva... "una horda en abandono completo". En cambio, ¿quiere oír algo de un Chile envidiable, ordenado y en marcha al progreso? Lea la obra del sabio profesor W. Mann, *Chile Luchando por Nuevas Formas de Vida*. Léala: en sus páginas se sentirá fuerte, seguro, organizado. ¿Quiere saber cuál es la parte civilizada de Chile? Lea *La Más Grande Alemania*, de Tannenberg; ahí encontrará lo siguiente: "En el sombrío cuadro de la civilización latinoamericana hay solamente dos claridades: las colonias alemanas del Brasil y del sur de Chile".

Hay Chiles para todos los gustos en las librerías, como en botica. G. Dumas, de la Sorbonne, dijo que Santiago se parece a Burdeos; la revista militar del Parque le recordó las legiones de la Roma de Catón. D. Carlos de Borbón aseguró que nuestra tierra era "una Esparta cristiana". Blasco Ibáñez nos llamó "trópico frío". La señorita Titana se asombró de ver a las damas chilenas vestidas por sastres de Guayaquil, tomando champaña argentina. Un turista argentino aseguró que el roto se pone encima redes de pescadores. Eugenio Noel, en sus *Vendedores de Piel*, dice: "El mejor negocio chileno es componer un Libro Azul, o monografía para sacarle plata a la colonia española; todo chileno lleva al cinto un revólver, llamado bufoso".

¿Cómo desea el lector que sea Valparaíso? ¿Hediondo y feo? Lea la Enciclopedia Británica. ¿Desea exotismos populares? Lea *El Capitán Chimista*, por don Pío Baroja. Este autor ve los cerros de nuestro puerto hirviendo de filipinos eróticos, cuyos amores hacia las indias frutecen en rotos.

Antiguamente nuestra vanidad se abanicaba en el renombre, siempre dado por viajeros ilustres, según decían. El uno bautizó a Chile de "Prusia americana", y al Bío-Bío, de "Rin de los bárbaros chilenos". Un Lord venía después, directo del Támesis, a bautizar-

nos de "británicos de Sudamérica". Un yanqui más tarde provenía de Nueva York para ponernos otro apodo acariciador. Ahora la peregrina idea de un señor, de un *monsieur*, cuya celebridad súbita consiste en haberse ocupado de Chile, nos da el sobrenombre de "griegos".

Todo Chile parece suspirar. ¡Ah! Por fin, alguien descubrió la verdad. ¡Eso es! Eramos la Grecia. ¡Y no haberlo visto antes! Gracias, señor, ¿cómo es? señor... Lawe. Gracias. Somos griegos. ¿Griegos de dónde? ¿Modernos? ¿Somos griegos del año 449 A. C., o de hoy? ¿Somos griegos del siglo de Pericles o del año del general Metaxas? Para resolver este punto he resuelto ponerle cable al señor de Lawe.

"Estimado señor: Diga si en su paralelo de Chile y Grecia, ¿se refiere a la Grecia de Pericles o a la de Metaxas? Expresiones a la familia. (Respuesta pagada)".

Contestación: "Me refiero a la de Alcibiades".

Recibiendo esta lacónica respuesta todo Chile quedará tranquilo. Somos griegos clásicos. ¡Caramba! Y nos habían querido hacer creer que éramos zulúes, nipones, británicos, antipáticos, sísmicos, andinos... Todo era mentira. ¡Somos griegos! Huichicheo, huichicheo, huichicheo...

Sólo sirve dignamente a la libertad el que a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores.

JOSÉ MARTÍ.—Obras.

JEF LAST

POR ANDRÉ GIDE

De la *Nouvelle Revue Française*

CONOZCO a Last desde hace apenas un poco más de tres años. Nos hemos encontrado por primera vez sobre un estrado en uno de esos mítines que entonces se me encargaba presidir. El regresaba de su tercer viaje a la U.R.S.S., entusiasta como lo estaba yo en aquel tiempo. Un irresistible élan de simpatía nos precipitó de inmediato el uno hacia el otro. Luego, de mes en mes, nuestra amistad no hizo más que crecer. Sabiendo que en Amsterdam, donde era solicitado de todas partes, el verdadero trabajo se le hacía imposible, le propuse que me acompañara a Marruecos; y vivimos en Fez, en casa de unos amigos, más de un mes dentro de una fraternidad perfecta. Durante otro mes, el invierno siguiente, nos ocupamos, en casa de otros amigos, en revisar juntos la traducción de su novela *Zuiderzee*, que aparecerá pronto. Por interesante que sea este libro, e importante, Jef Last es menos un novelista que un poeta; o si se quiere, es un novelista a la manera de Knut Hamsun (y no veo otro autor a quien pueda ser comparado).

Last es poeta no solamente en sus escritos, sino en su conducta, en sus maneras, en su ser, a la vez egoísta por distracción y extraordinariamente generoso en sus pensamientos, en sus actos, como lo era Verhaeren que lo hubiera querido mucho. Sin cálculo, sin fraude

alguno y sin doble pensamiento; pero también sin orden, sin cuidado y capaz de todos los olvidos, incluso aquél de sí mismo. Anclado por todos los sentidos en lo real y guardando no menos yo no sé qué de deliciosamente fantástico, como aquéllos que no hacen más que prestarse al juego de la vida y no son nunca solamente una partícula. Siempre pronto a socorrer, a ayudar, a ceder su lugar, y comunista, auténticamente, por amor. Pero muy preparado sobre los problemas sociales y jamás sorprendido en descubierto por todo lo que atañe al marxismo, que ha estudiado mucho. Pues, gran estudioso, no obstante toda su poesía, que puede hacer creer en el ocio, es muy cultivado, entiende y habla el francés, el alemán, el inglés, el ruso y creo que otras lenguas aun. Profundamente rebelde a todas las injusticias sociales, no aprovechando de ninguna, y la mayor parte del tiempo sin un cobre, no bien tiene algunos, está pronto a compartirlos con el prójimo, no por teoría, sino por necesidad irresistible. Escuchando mucho, se instruye sin cesar; pero sin perder de vista nunca su propio pensamiento, como sucede cuando el pensamiento no es un bien postizo, sino que emana de la profundidad de su ser. Y esto mismo lo vuelve miope o ciego para aquello que podría distraerlo.

Bien que ensayara todos los oficios,

teniendo siempre que ganarse la vida, no he visto jamás a nadie más torpe de manos, de pies, de cuerpo entero, enganchándose contra todo, volcando todo, rompiendo todo; quemando un sweater nuevo con el tizón de su cigarrillo y hallando el modo de sentarse con su manta de viaje beige claro justo sobre una lata de sardinas, en el pequeño bodegón de Madrid donde nos vamos a desayunar.

—¿Qué hace aquí sobre este banco?

—Era para que no la encontraras más en tu plato.

—Nunca volveré a encargar sardinas.

En el auto que nos lleva a través de la Georgia, oigo detrás de mí a Herbert decir a Jef:

—Recoge tu codo, te ruego. No has decidido encajármelo en las costillas.

—Pero ¿qué quieres que haga yo de mi codo? Es preciso que lo ponga en alguna parte.

En un departamento es un desastre.

Mi vieja Eugenia se enloquece:

—Es muy gentil su amigo Last. Pero no sé qué le ha hecho a mi linoleum; sí, el del cuarto del baño. Está lleno de betún. No podré sacárselo nunca...

¡Ah, Jef, amigo encantador, como puedes ser insoportable! Pero te echo de menos tan pronto como no estás aquí.

Frente a la heroica tragedia que vive España y de la que sus Cartas nos darán pronto reflejos conmovedores, las anécdotas que voy a contar pueden parecer demasiado frívolas. Pido disculpas; pero me parece que la obra de Jef no adquirirá todo su valor si no se conoce un poco a quien la escribe. Jef Last no tiene nada del "intelectual",

quiero decir que permanece, aun en su ser pensante, profundamente metido en la vida en contacto con los seres, y no conozco arrimo más caluroso, más emotivo que el suyo.

Hay un modo abstracto de retratar que no deja ver del modelo más que una especie de esquema glacial y nada de su manera de conducirse, de comportarse en la vida. La menor salida suya que se recuerda, el menor gesto, nos aleccionarán más. Una anécdota, pues, que lo pinta bien.

El tren nos llevaba a Madrid. Después de algunos instantes veo a Jef agitarse, retorcerse.

—Pero ¿qué tienes?—le pregunto.

—¿Qué tengo? Una pulga, al diablo. Tan pronto como llega una al vagón es sobre mí que salta.

—Pásamela.

—Hace un cuarto de hora que trato de hacerlo. Me prefiere.

Unos instantes todavía; después Jef:

—No puedo más. Voy al lavabo a buscarla.

Al rato vuelve completamente tranquilo.

—Al fin. La he matado...

—Entonces hagamos una partida de ajedrez.

Llegamos a Madrid y descendemos del tren. Una hora más tarde Jef se golpea la frente.

—¡Diablo de diablos! Me he olvidado la camisa...

Como llevaba una chomba eso no era muy visible. Jef parece siempre vestido de prestado en traje burgués; pero sobre él todas las prendas de la gente del mar, de los obreros, chombas, blusas, chaquetas, adquieren una extraordinaria elegancia.

—¡Tu camisa! ¿Dónde, pues?

—¡En el lavabo, diablo!...

—Esto, mi viejo, me permitirás que se lo cuente a tu mujer.

—Si lo haces no te volveré a ver en la vida.

Las cartas cuya traducción leeremos pronto están dirigidas por Jef Last a su mujer; pero escritas de manera que ella pueda leérselas a sus tres hijitos y a los numerosos amigos que Last ha sa-

bido agrupar a su alrededor en Holanda. Pienso que las ha escrito también con algún traspensamiento para que puedan servir a una causa a la cual se ha dado por entero y por la cual ha combatido en el frente de Madrid todo un año como simple soldado primero, luego como subteniente tras su heroica resistencia en Getafe y por último como capitán mayor.

DOS FRAGMENTOS DE UN DISCURSO EN MADRID

(En el II Congreso internacional de escritores)

POR JEF LAST

De Hora de España

LA lucha por la cultura: eso es lo que nos reúne.

El soldado analfabeto de mi compañía que escribía en la primera carta a su mujer: "Cada día estoy más contento de haber venido aquí, porque aquí aprendo cosas que nunca hubiera podido aprender en mi pueblo", o los soldados que en los edificios de la Ciudad Universitaria habían pegado cartelones llenos de faltas de ortografía, en los que se decía: "Camaradas, no toquéis a los instrumentos, que están al servicio de la ciencia", o bien aquellos milicianos que arriesgaban sus vidas por salvar del Palacio de Liria en llamas los tesoros de arte, todos ellos luchan por la misma cultura que defendemos nosotros, por una cultura que veneran sin haber probado nunca sus frutos.

Miguel de Unamuno ha escrito, en su libro sobre "Don Quijote y Sancho" que

de estos dos personajes, era Sancho el verdadero idealista, porque creía en Don Quijote. Y no es posible releer la obra maestra de Cervantes sin percibir en cada página esa admiración que, a pesar de todo, siente el hombre del pueblo hacia su superior en espíritu, veneración que le induce a seguir al intelectual, incluso cuando su razón le dice que no debe hacerlo.

... ..
 ... Ocurre a veces que el médico que combate una enfermedad sea el primer contagiado por los bacilos de esa enfermedad. Velemos para evitar todo contagio. Basta de *trahison des clerics*. Basta de procederes mecánicos y de rótulos demasiado cómodos. Nuestro deber no puede ser nunca seguir el surco de los periodistas y de los oradores; tenemos nuestro quehacer claramente definido: es el de ahondar en el sentido de esta lucha homérica a que tenemos

el honor y la suerte de asistir. ¡Que no se diga de nosotros que el valor moral es mucho más difícil de lograr que el valor físico de los soldados en la trinchera!

No olvidemos nunca que en la base de toda cultura está la crítica, la autocrítica que tanto nos ha recomendado Lenin. Allí donde falta la crítica, las injusticias y las inmundicias se engargenan como heridas que han cerrado en falso. Hay que sacarlas a luz

para poder curarlas. Quien se calla por temor a que nuestros enemigos puedan servirse de su crítica, se dará cuenta amargamente, algún día, de que los mismos males que dejó de señalar, creciendo incesantemente y con toda tranquilidad, hablan y acusan con más fuerza que cuanto hubiera podido hacer su crítica. Lo que amenaza la vida del paciente es la enfermedad misma, y no el diagnóstico del médico.

POSTSCRIPTUM A MUSSOLINI

POR EMIL LUDWIG

De Die Zukunft, París

HACE seis años fui censurado por mis amigos demócratas por haber escrito "en favor de Mussolini". Al mismo tiempo los fascistas más decididos me dieron a entender que después de este libro no leerían ya nada mío. El origen de esta doble corriente adversa estaba en aquel libro "Conversaciones con Mussolini", de que soy autor y que desde un punto de vista espiritual sólo representa un diálogo entre un demócrata impotente y un dictador. Esta contradicción hizo más deseable el encuentro con el adversario político. El coloquio que duró varias semanas no ha vuelto a repetirse. A Mussolini sólo me unían mis publicaciones anteriores y fué suya la idea de sistematizar ciertas conversaciones que habíamos sostenido desde 1929.

Como la prensa italiana "convertida" súbitamente al racismo me censura des-

de hace algún tiempo sólo porque el Duce me ha manifestado tantas verdades que hoy le incomodan, me veo obligado a tomar mi defensa contando en parte la historia de aquel libro.

Me preparé para aquellas conversaciones durante semanas como quien se prepara para jugar una gran partida de ajedrez y eran por lo mismo más fáciles para mí que para él toda vez que él sólo sabía que le iba a someter cuatrocientas preguntas. Me dió algunas respuestas muy buenas. Aunque para mantenerlo de buen humor hablamos en italiano, aquellas conversaciones debieron primeramente escribirse en mi lengua materna. No bien había empezado el trabajo me preguntó, a principios de abril de 1932, cuándo pondría término al manuscrito. Como los dictadores creen que sólo ellos son hombres de acción, que saben desempeñarse

con celeridad, le respondí que dentro de catorce días tendría el manuscrito sobre su escritorio.

Y así fué. En ese manuscrito de 230 páginas sólo encontré 18 palabras corregidas por él, 18 palabras, lo que prácticamente no es nada. El libro fué, pues, entregado, a su editor—Mondadori—para su traducción. Pero ésta no le agradó al Duce, quien afirmaba que en el original él se había expresado con mayor claridad. De ahí que ordenara una nueva versión. Esta obtuvo su visto bueno, fué impresa sin tardanza, aprobada nuevamente por él y alistada para el mes de junio.

Pero cuando el Duce mostró aquellas pruebas a sus hombres de confianza, éstos quedaron horrorizados; el dictador se había permitido pronunciar verdades acerca de sus sentimientos y pensamientos más íntimos. He sabido que uno de sus amigos más cercanos le dijo: "Nosotros ponemos el pecho para defenderte y tú dices al mundo que no tienes amigos ni puedes tenerlos". El Vaticano envió por entonces a aquel clérigo que siempre ha tenido a su cargo el mantenimiento de las relaciones, para hacerle ver las consecuencias que podría tener la profesión pública de las dudas del Duce acerca de Dios y el fatalismo.

Mussolini cedió e hizo venir al editor para decirle que el libro no podía aparecer en esa forma. El editor le respondió que tenía veinte mil ejemplares impresos y prontos a ser lanzados al mercado; que la prensa ya había informado acerca de esa publicación ordenada por él mismo. Aun cuando prohibiera su publicación las traducciones no tardarían en llegar y pro-

ducirían mayor confusión. Mussolini tuvo que convencerse de que era ya tarde y dió curso al libro, prohibiendo sí, al editor hacer una nueva edición una vez agotada la primera. Ordenó también que la prensa publicara algunos extractos de la obra antes de que ésta fuera lanzada. Y todo se hizo entre el 28 y 30 de junio de 1932: el propio periódico de Mussolini, *Il Popolo d'Italia*, lo calificaba de "emocionante, de gran actualidad y de interés mundial". Y es de notar que fué justamente ese diario el que trajo aquellas consideraciones sobre Dios, (9. 6. 1932) tan molestas para el Vaticano. Como que esa publicación constituía la venganza por las trabas de la Iglesia en el asunto.

Durante el desarrollo de estos hechos y en las dos ocasiones en que tuvo que ceder, conocí los límites del poder dictatorial, sacando mis conclusiones irónicas.

La segunda edición revisada por Mussolini no modifica casi el texto de la primera, aparte de la supresión de cinco páginas que hablaban de aquello. En cuanto a razas y semitas se refiere, es natural que no tachara una sola palabra, porque se trataba entonces de agradar al Papa.

Pero toda Italia estaba acorde en sostener que la segunda edición no era ya interesante y clamaba por la anterior. Dicen que hoy se paga hasta 500 liras por uno de aquellos veinte mil ejemplares de la primera edición.

Todo lo tachado por Mussolini a raíz del cortés pedido del Vaticano, tuvo que hacerse extensivo a las versiones que se publicaron en 11 lenguas, entre ellas la francesa. Sólo la edición alemana de 25,000 ejemplares, debido a que apare-

ció simultáneamente con la primera edición italiana, contiene el texto íntegro. Luego lo que allí he publicado se encuentra esparcido en cerca de 50,000 ejemplares desde hace seis años.

El primer punto tachado se refiere a la lealtad. En una larga conversación sobre Napoleón me dice: "También me enseñó algo muy grande: este hombre ha destruído en mí toda ilusión que hubiera podido abrigar respecto de la lealtad de los hombres. En esto he seguido inconmovible". Otro punto que modificó es aquél que se refiere al rey, que en octubre de 1922, ha querido defenderse frente a la marcha de Mussolini sobre Roma. Lo que entonces hizo, si verdadera y voluntariamente renunció al poder no se sabe, y al interrogar a Mussolini sobre este particular, me confirmó que el rey había firmado la declaración del estado de sitio aquel día. En la segunda edición escribe, sin embargo, lo siguiente: "Ellos habían convenido en declararlo; pero el rey se negó dos veces a firmar el documento".

Los otros cinco puntos tachados se refieren a Dios, a la fe, a la Iglesia y a su creencia siempre creciente en los talismanes (página 191).

En otro lugar se explayó sobre el desarrollo de la antigua Iglesia cristiana (página 179). "Pedro era simplemente un propagandista. Pero cuando San Pablo vino a Roma se convirtió en el verdadero fundador y organizador de la Iglesia cristiana. ¡Qué extraño! Excelentes cartas. Transformación muy significativa de lo judío. Hasta el año 60 ó 70 el judaísmo estaba en Jerusalén, Alejandría y Salónica. Pero repentinamente viene la separación de los

judíos. Y la nueva religión, pese a los romanos, los paganos... Usted sabe como sucedió que en un momento determinado no reconocieron más a Cristo. Yo le he preguntado a un rabino acerca de ello; pero no obtuve ninguna explicación. Es asombroso como un hecho primero se convierte en leyenda para luego convertirse en herejía. Es lo que pasa siempre; si el cristianismo no hubiere invadido el imperio romano habría conservado su carácter de secta judía".

En otro lugar le pregunté qué es lo que el estado fascista había hecho, en favor de la madre soltera y los hijos naturales. Me respondió: "Por la madre soltera nosotros no hacemos más que los demás países de Europa. No podemos preocuparnos de si la madre es la mujer o sólo la amiga del progenitor de sus hijos. Y en ese punto no estamos de acuerdo con la Iglesia que tiene su filosofía, doctrina y mundo propios".

Al interrogarlo acerca de una novela anticristiana que escribió en su juventud, no obtuve respuesta concreta; pero me dijo:

"En aquel tiempo el clero contaba muchos elementos corrompidos en su seno". También esta frase fué suprimida.

Los pasajes más largos y más importantes que constituyen el final del libro, se referían al fatalismo. Yo le pregunté si siendo discípulo de Maquiavelo y de Nietzsche podía tener fe.

"—Creer en uno mismo, eso ya sería algo"—dijo, y sonrió.—"Le explicaré mi propia evolución. Siendo joven no creía en nada; en vano había invocado a Dios para que salvara a mi madre. Ade-

más, soy ajeno a todo misticismo, a cualquier matiz y tono del claustro en que fui educado en un tiempo. Pero lo mismo que Renan no niego la posibilidad de que en millones de años haya habido alguna aparición supraterrrenal, esto es, que la naturaleza sea divina. Pero yo no lo he visto. También podría ser que en otros millones de años una tal aparición se repita. Y ésta aun podría ser del dominio de la historia natural, como, por ejemplo, la gravedad, la muerte. Más tarde se ha afianzado en mí la creencia de que hay una virtud divina en el universo”.

—¿Cristiana?—le pregunté.

—Divina—repetió, esquivándose.

—“Los hombres pueden adorar a Dios de muchos modos. Cada uno debe hacerlo a su modo”.—Cuando le sometí el problema que preocupa ya a la tragedia antigua: por qué obra el hombre si ya el destino lo lleva por un camino determinado, él le negó todo aspecto problemático, exclamando virilmente:

—“Es preciso reaccionar contra el fatalismo con un acto de la voluntad. Esta es una lucha interesante. La voluntad debe preparar el terreno en el cual el destino pueda desplegarse”.

Le dije que en el estudio de un hombre había leído estas palabras: “Oltre il destino”. Me preguntó si aquel hombre había provocado al destino. Le nombré a Balbo.

—Este es mi lema—dijo.—Nadie debe provocar el destino dos veces. Además, cada uno muere de la muerte que corresponde a su destino.

Estas frases significativas, cuyos puntos principales hizo aparecer antes de la publicación del libro en su propio diario, porque tenía conciencia de su

importancia, las tachó en consideración al Vaticano.

Desde entonces su sujeción ha ido en aumento. Cuando en 1936 estaba preparando mi libro sobre el Nilo, la Radio Roma y toda la prensa italiana informaba acerca de las conferencias que yo había dado sobre el Nilo aprovechándose de cuanto había dicho en contra del gobierno de Abisinia en mis críticas. Esto era antes de estallar la guerra.

Pero súbitamente todo cambió; y es que empezaba la influencia del sedicente “eje”. Para obtener minerales y carbón, Mussolini se vió obligado a prohibir en Italia la circulación de cientos de libros que estaban prohibidos en Alemania. Cuando me impuse de que mi libro sobre el Nilo no podría aparecer en italiano, escribí a Mussolini preguntándole si era verdad que yo me había convertido en un autor prohibido en Italia después de haber publicado once libros que había comentado hasta con él mismo. El 13 de julio de 1937 me hizo responder que no eran así las cosas, antes, por el contrario, aquel libro se había de publicar “colla massima autorizzazione”. Mi editor me confirmó la noticia y la obra entró en prensa.

Pero inesperadamente Mondadori recibió una contraorden.

De lo dicho se colige que aun todo un dictador debe someterse ora al clero, ora a los nacistas. En ambos casos debe modificar sus propias decisiones.

Y, hoy por hoy, aun se ha visto obligado a hacer coro al racismo al cual no puede contenerse en ridiculizar. Ahora la unión con Alemania lo obliga a proceder contra los judíos, no

obstante haber manifestado su admiración por Marx y Lassalle y de haber calificado a Rathenau como uno de los espíritus europeos más preclaros de nuestro tiempo. También había puesto de relieve los méritos y la lealtad de los judíos italianos.

Al preguntarle por las razas latinas, me declaró:

—Le he dicho ya, la raza no existe. Eso de la raza es una ilusión del espíritu, un sentimiento. ¿Y por eso cree usted que es menos?

—Luego, ¿uno podría optar por una raza cualquiera?

—Sí.

Los diálogos que han dado a conocer a Mussolini aun como valor espiritual, no los hubiera intentado, lo confieso, si hubiera podido prever en él al plagiario. Pero el concepto que de su personalidad tenía en nada se ha modificado. De ninguna manera estoy dispuesto a apreciar a un hombre de estado y valorizarlo como él valoriza mis ideas y mi raza. En otra obra reciente lo he destacado comparándolo con Hitler. Y si en aquella primera

ocasión él corrigió 18 palabras yo no quisiera corregir hoy más que una y es esta: dentro de su país yo lo creía competente. Había en este adjetivo un grave error.

Adiós Mussolini. Las horas pasadas en su enemiga mesa de trabajo fueron para mí mucho más interesantes que otras vividas en compañía de un amigo político. ¿Acaso hay algo más estimulante que un diálogo con un adversario intelectual? Sus nuevos amigos parece que abrigan sentimientos muy semejantes. El señor Goering se mostró tan celoso que en 1934 manifestó el deseo de que se escribieran los "Diálogos con Goering". Mi agente inglés que se encargó de transmitir esta noticia a mi editor agregó a su informe las siguientes palabras: "El general Goering dijo que esos diálogos debían estar espiritualmente a la altura de las "Conversaciones con Mussolini". Había, pues, un editor y un autor; pero los "Diálogos" no vieron la luz en los cuatro años que han pasado. Ciertamente lo que faltó fué la "altura espiritual".

PROGRAMA DE LUCHA O DE ADAPTACION

POR DIEGO RIVERA

A propósito de una carta de Haya de la Torre

De Clave

LA revista argentina "Claridad", en su número de agosto de 1938, publica una carta de Haya de la Torre sobre la situación del Perú. No queremos aplicar a este documento un cri-

terio socialista o marxista; Haya de la Torre escribió la carta como demócrata, así es que la consideraremos, ante todo, desde el punto de vista democrático. Un buen demócrata es mejor

que un mal socialista, pero, por desgracia, la carta de Haya de la Torre produce, desde este punto de vista precisamente, una impresión de gran insuficiencia.

Parece que Haya de la Torre limita los peligros que amenazan a los países latinoamericanos únicamente a Italia, a Alemania y al Japón. No considera al imperialismo en general, sino a una sola de sus variedades, el fascismo. Declara categóricamente: "Cierto es que todos pensamos que en caso de agresión tenemos a los Estados Unidos del Norte—tutores de nuestra libertad—para que nos defiendan". ¿Será ironía? De ninguna manera. Hablando de la posibilidad de una intervención de los "agresores" fascistas contra el continente latinoamericano, el autor declara: "Mientras los Estados Unidos estén alertas y fuertes, estos riesgos no son próximos, pero... son riesgos". No es posible hablar con mayor claridad. El jefe de la A.P.R.A. busca un poderoso protector.

Para Haya de la Torre, los Estados Unidos sólo existen como "tutores de la libertad"; nosotros vemos en ellos el peligro más próximo y, en un sentido histórico, el más amenazador. Con esto no queremos decir que los gobiernos de los países de la América Latina no tengan el derecho de utilizar, para defenderse, los antagonismos de los diversos países y grupos imperialistas. Pero la utilización táctica de tales antagonismos en determinadas ocasiones, según circunstancias concretas, es una cosa, y fundar un cálculo estratégico sobre los Estados Unidos como defensores permanentes, es otra. Consideramos que esta posición oportunista no sólo es errónea sino profundamente peligro-

sa, pues crea una falsa perspectiva y estorba la educación revolucionaria del pueblo, que es la verdadera tarea.

¿En qué sentido se puede calificar a los Estados Unidos como "tutores de la libertad" de los pueblos explotados por ellos? Únicamente en el sentido de que Roosevelt trata de encontrar un aliado en los países de la América Latina contra el dominio europeo o japonés; pero todo acto de semejante "defensa" implicaría la completa reducción a la esclavitud del país "defendido" por los Estados Unidos. El ejemplo del Brasil muestra que a los "tutores" superiores no les interesa para nada la "libertad". Después del golpe de estado en Brasil, las relaciones entre Wáshington y Río de Janeiro no han empeorado, antes bien, se han estrechado. La causa de esto es que Wáshington considera a la dictadura de Vargas como un instrumento de los intereses del capital americano, más dócil y más seguro que la democracia revolucionaria. Esta es, en el fondo, la posición de la Casa Blanca en lo que se refiere a todo el continente del sur.

Puede ser que Haya de la Torre parta simplemente de la idea de que el dominio imperialista de los Estados Unidos es un "mal menor". Pero en ese caso hay que decirlo abiertamente: la política democrática exige claridad. Además, ¿hasta cuándo ese mal seguirá siendo el menor? Ignorar este problema es arriesgar demasiado en el juego. Los Estados Unidos están bajo la acción de las mismas leyes históricas que las metrópolis europeas del capitalismo. La "democracia" de los Estados Unidos no es, actualmente, más que una forma de su imperialismo. Ante la espantosa pu-

trefacción del capitalismo norteamericano, la democracia no impedirá que los "tutores" de la libertad desplieguen en un futuro próximo una política imperialista extremadamente agresiva, dirigida, especialmente, contra los países de la América Latina. Hay que decirlo clara, precisa y firmemente, y esta perspectiva hay que colocarla en la base del programa revolucionario.

Algunos de los jefes de la A.P.R.A. declaran, por inverosímil que parezca, que la alianza de la A.P.R.A. y, en general, de los partidos nacional-revolucionarios latinoamericanos, con el proletariado revolucionario de los Estados Unidos y de los otros países imperialistas no tiene significación práctica, puesto que los obreros de estos países no se interesarían por la situación de los países coloniales y semicoloniales. Nosotros consideramos este punto de vista como suicida, en el pleno sentido de la palabra. Los pueblos coloniales no podrán libertarse mientras viva el imperialismo y los pueblos oprimidos no podrán acabar con la burguesía imperialista sino aliándose con el proletariado internacional. Es imposible no ver que la posición de los jefes más oportunistas de la A.P.R.A., en esta cuestión fundamental, se ve corroborada por la carta de Haya de la Torre. Quien considera a la burguesía imperialista norteamericana como "tutora" de la libertad de los pueblos coloniales, claro que no puede buscar la alianza con los obreros norteamericanos. La desconfianza y apreciación del proletariado internacional en la cuestión colonial, se desprende inevitablemente del esfuerzo por no asustar a la burguesía imperialista "democrática", sobre todo, a la burgue-

sía de los Estados Unidos. Quien cuenta encontrar un aliado en Roosevelt, claro que no puede convertirse en aliado de la vanguardia del proletariado internacional. Esta es la línea fundamental de demarcación entre la política de lucha revolucionaria y la política de adaptación sin principios.

Haya de la Torre insiste en la necesidad de la unión de los países de la América Latina y termina su carta con esta fórmula: "Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sudamérica". En sí misma, la idea es absolutamente justa. La lucha por los Estados Unidos de la América Latina es inseparable de la lucha por la independencia nacional de cada uno de los países latinoamericanos. Sin embargo, hay que responder clara y precisamente a la pregunta de cuáles son los caminos que pueden llevar a esa unificación. De las formulaciones extremadamente vagas de Haya de la Torre se puede concluir que espera convencer a los gobiernos actuales de la América Latina a que se unan voluntariamente... ¿bajo la "tutela" de los Estados Unidos? En realidad, sólo se puede alcanzar este elevado fin con el movimiento revolucionario de las masas populares contra el imperialismo, incluyendo el imperialismo "democrático", y contra sus agentes interiores. Es un camino difícil, lo reconocemos, pero no hay otro.

Notemos, aún, que en esta carta de carácter programático, no se dice una palabra sobre la Unión Soviética. ¿Para Haya de la Torre, la U.R.S.S. es la defensora de los países coloniales y semicoloniales, su amiga y aliada o con-

sidera, con nosotros, que bajo el régimen actual, la Unión Soviética representa el mayor peligro para los pueblos débiles, retrasados y cuya independencia está muy lejos de ser completa? En este caso, el silencio de Haya de la Torre también está determinado por consideraciones manifiestamente oportunistas. Parece que Haya de la Torre quiere guardar a la U.R.S.S. en "reserva", para el caso de que los Estados Unidos no lo ayudaran. Pero el que

quiere tener muchos amigos suele perder los pocos que tiene.

Estas son las ideas que sugiere la carta del jefe de la A.P.R.A., aun si nos limitamos a criterios meramente democráticos. ¿Nuestras conclusiones son erróneas? Escucharemos con agrado las réplicas de los representantes de la A.P.R.A. Sólo deseamos que estas réplicas sean más precisas, más concretas, menos evasivas y diplomáticas que la carta de Haya de la Torre.

¿QUIEN ES MI PROJIMO?

POR B. SANIN CANO

Quis meus proximas?—Lucas, X. 29.

De Universidad

LA noción del extranjero pernicioso es la vieja suspicacia de la tribu. Adelantando un poco más el hombre de las civilizaciones griega y romana no decía extranjero, sino bárbaro. Si el cristianismo hubiera sido un éxito completo y no parcial, en la imposición de sus ideas, si la parábola del buen samaritano y de la samaritana, conservaran todavía el sentido que le atribuye el intelectual de los evangelistas, la palabra extranjero sería menos acerba de lo que ha venido a ser en este lamentable momento de la historia universal.

Poniendo en contacto unas con otras las diversas razas europeas, o a éstas con las asiáticas, las guerras posteriores por afianzamiento del cristianismo como poder temporal tuvieron hasta 1914 el fe-

liz resultado de suavizar los contornos espirituales y hacer más fáciles las relaciones de unos pueblos con otros, morigerando las asperezas del agudo concepto de nacionalidad. Pero la última guerra mundial, el crimen colectivo de mayor trascendencia que haya cometido la especie humana, ha dejado una estela de odios, de suspicacias, de sombrías prevenciones que no se borran ni con el paso de los tumbos originados por el hambre circumscripita ni por la miseria universal.

El hombre del día, en presencia de sus semejantes, nacidos más allá de ciertas fronteras, es más bárbaro que los enemigos de Roma y de patriotismo más estrecho que los dominadores del mundo en tiempo de Julio César. A la palabra extranjero se le adscriben

hoy complacientemente todo género de significados deprimentes. Y como si ella no bastara, se busca en las lenguas antiguas calificativos de significación más hiriente para reemplazarla. En la Gran Bretaña y en los Estados Unidos saxo-americanos se dice *alien*, con palabra latina, pronunciada a la inglesa, para exacerbar el concepto que la palabra *foreigner* apenas señalaba discretamente. Y no contentos con haber encontrado término mortificante, le han añadido la palabra *native*, inocua de por sí y de significado aplicable a todas las naciones, un matiz despectivo, que la hace inadecuada para los súbditos británicos. El nacido en Francia es para los ingleses natural de Francia, y el habitante de Australia o de Jamaica, es "natural" de esas regiones, pero no es un inglés, aunque se le considere súbdito británico. Los ingleses no son "native" ni "extranjeros" por un mandamiento especial de la necesidad humana.

Refería una vez el señor Diosy, súbdito de su majestad británica, y caso maravilloso de poliglitisimo (hablaba sin acento y con gran desembarazo catorce lenguas europeas y asiáticas), que estando de Cónsul en Osaka llegó allí por acaso un compatriota suyo, deseoso de conocer la extensa ciudad japonesa y sus alrededores. Llevaba excelentes cartas de presentación y el Cónsul, deseoso de complacerle, alquiló un jirikisha para pasearlo en todas direcciones. Después de algunas horas de excursión, tomaron la vuelta hacia el

centro de la ciudad, cuando el globtrotter divisó a cierta distancia un gran edificio de aspecto imponente, y quiso enterarse del objeto a que estaba destinado.

—Quisiera acercarme para visitarlo—dijo, cuando su acompañante le hubo informado que se trataba del arsenal.

—Solamente—dijo el Cónsul británico—que a nosotros no nos es permitido pasar por las cercanías de este edificio, especialmente a usted que va provisto de una máquina fotográfica.

El inglés puso la cara de quien no comprende y quiso saber la causa de esa prohibición.

—Nosotros somos extranjeros—explicó Diosy, que tenía sangre de magyar.

—¿Yo extranjero?—interpuso interrogativamente el viajero y añadió serenamente, lleno de convicción:

—Yo no soy extranjero, yo soy inglés.

En este pequeño planeta el inglés no se cree extranjero en ninguna parte, a lo cual el mundo contesta considerando a los ingleses como el tipo más característico del extranjero.

La anécdota anterior, acaso tan verdadera hoy como el día en que fué relatada por vez primera, señala un espíritu nacional inconfundible.

De esa manera se interpreta en un mundo cristiano, a los mil ochocientos años de haber sido relatada por los evangelistas y después de muchos siglos de explicaciones y comentarios fervientes la parábola de buen samaritano.

En el Diccionario de la Academia no se halla lo que no se sabe; pero tampoco se halla lo que se sabe.

RIVAROL.—Notas.

STALIN COMO ICONO

POR EDMUND WILSON

De The New Republic

LA glorificación de Stalin es a no haber duda una de las cosas que afecta más desagradablemente a un americano. En la U.R.S.S. los diarios traen casi siempre una fotografía de Stalin en la primera página, ya sea en compañía de algún huésped distinguido, o a falta de un huésped distinguido, visitando él mismo a alguien o algo. Y cada discurso o documento público de importancia concluye con un tributo a Stalin así como a los rezos sucede siempre un sermón. La figura de Stalin es colocada por encima de cualquier otra y hasta las de los personajes públicos tan genuinamente populares como Litvinov y Vorochilov quedan muy por debajo, al punto de que apenas parecen pertenecer a la misma especie.

Cuando hablé de esto con un ruso, me dijo que al mismo Stalin no le gustaba seguramente. Y a mi regreso escuché idéntica opinión a un ruso anti-stalinista. Dijo: "La situación es tan tensa que tienen necesidad de un icono". Es incuestionablemente cierto que la relación entre Stalin y su gente es recíproca. Un americano que se haya dejado estar bastante tiempo en Rusia para conferir autenticidad a los rasgos que primero despertaron su entusiasmo: la naturalidad de las maneras, el dar cuenta al pueblo de todo, es probable que a medida que pase el tiempo sienta aversión por lo que le parece un calculado manipuleo del pueblo por el

poder gobernante. Puede que haya dejado a los Estados Unidos en la convicción de que sus conciudadanos más vulgares, aquéllos que creen cuanto les dicen los diarios de Hearst, forman un pueblo crédulo y conformista; pero al tener ocasión de considerar lo que le parece la timidez y docilidad de los rusos, decide que sus conciudadanos tienen comparativamente sentido crítico y personal. Y su instinto se resiente a causa del desenfado con que le parece que la administración de Stalin hace la propaganda e intimida al pueblo, formulando su política en un lenguaje como el que sigue: "El proletariado indignado exige la ejecución de tal y cual" o "El proletariado victorioso agradece al camarada Stalin por haber hecho esto y aquello". El americano se siente contrariado por lo dicho, como si le hubiera sucedido a él y en verdad, recuerda con desagrado que le sucedía durante la guerra.

Sin embargo, esta impresión representa mal lo que ocurre en Rusia. No se trata de los Estados Unidos y el pueblo a que afecta es distinto. Los rusos tuvieron antes de la Revolución un gobierno patriarcal durante siglos; carecieron de instituciones democráticas; las Dumas eran juguetes del Zar. Hay que recordar que antes de la Revolución el ochenta por ciento de los rusos era analfabeto. Hay que recordar que entre las masas que ahora desfilan en una de-

mostración gimnástica hay hombres que han cambiado sus nombres de Svinujin y Sobakin por Novi y Partisanov para destruir el recuerdo de aquel tiempo en que sus abuelos y bisabuelos eran canchados por canes y cerdos; afirman recién hoy la simple dignidad humana que les trajo la Revolución. La dictadura de tal proletariado tiene por consecuencia inevitable un estado de cosas donde los proletarios, aun siendo la clase favorecida, son dominados por un grupo de gobernantes. Los proletarios y campesinos rusos están educándose con avidez y se dice que el cómputo de los analfabetos se ha modificado casi totalmente. Y que están tomando muy en serio los nuevos deberes de la ciudadanía. Pero ¿cómo puede esperarse de gente que recién ha aprendido a leer que sepa criticar la prensa? Y ¿cómo puede esperarse que desarrollen instituciones políticas que los pueblos occidentales han tardado siglos en llevar a cabo? Entre tanto, a pesar de todos sus esfuerzos progresivos, siempre hay una tendencia a retroceder a su primitiva relación con el padrecito. Aun cuando el viejo bolchevique Stalin no hubiese querido ser el Stalin de la apotheosis, el pueblo habría tratado de inventarlo. Es preciso recordar que Lenin en persona empieza a parecer a los habitantes más primitivos de la Unión un santo, y se alega que la prisa con que se hace desfilar a los que visitan su tumba se debe al cuidado de las autoridades para evitar presuntas curas milagrosas. Basta asistir a cualquier gran demostración pública o cualquier comedia popular escrita para ilustrar hechos políticos nuevos y escuchar los estruendosos aplausos que provocan para con-

vencerse de que la relación entre Stalin y su público proletario es muy estrecha y fuerte. No sólo temen a Stalin: confían en él porque ve a través de ellos. Parece existir una identificación de voluntades entre Stalin y un elemento central del pueblo en cuyo nombre habla.

Sin embargo, admitido esto y con todo el respeto por las habilidades de Stalin: su energía, su seguridad, su astucia, su inflexible adhesión a su marxismo y el aprecio de su importancia cardinal en Europa, ¿honra acaso su inteligencia dejar que esta deificación llegue hasta donde está llegando? En verdad, no se puede ahora jugar, sino furtivamente con el nombre de Stalin en Rusia—cuando el caricaturista radical Low dibujó allí a Stalin en la tierra, el ruso que lo acompañaba lo borró—y en ciertos círculos hasta parece existir una tendencia a no pronunciar su nombre por temor, como el de Jehová entre los judíos. La gente recurrir a circunloquios como aquéllos que cuando se refieren a Mussolini dicen Lui. En cierta ocasión, mientras hablaba con un ruso en la calle de una ciudad provinciana, empezó a decirme algo sobre "nuestro gran hombre, que no tengo para que nombrar". Yo me preparaba para alguna siniestra revelación; pero resultó que sólo quería citar complacido algo que Stalin había dicho en su entrevista con Wells. Supongo que la turbación provenía de su temor a que se le oyera hablar de Stalin a un extranjero en una lengua extraña. Pero después de todo, como nos recuerda Van Loon, cuando Federico el Grande, el autócrata feudal, fué informado de que él pasquín que trataba de leer era

una sátira contra él, pasó de largo diciendo solamente que debieron haberlo fijado más abajo. Y yo tuve la impresión, de que muchos rusos inteligentes y adictos estaban un poco avergonzados de lo que estaba sucediendo, aunque nadie quiso admitirlo con franqueza. He oído a un ruso que ignoraba la presencia de extraños, suspirar ante otro ruso cuando éste le alcanzó el diario de la mañana con el inevitable capote y los mostachos.

Este culto nada tiene que ver con el marxismo y no se justifica en una dictadura socialista. El marxismo ve en el que gobierna al representante humano y, por lo tanto falible, de los intereses de ciertos seres. El marxismo es por definición irreverente hacia las personas

como autoridad. Lenin era irreverente consigo mismo en el sentido de que sólo se tomaba en serio como ejecutor de una causa revolucionaria. No le importaba el poder por el poder mismo y desdénaba la admiración. Siempre reconocía y lamentaba sus errores humanos. Es imposible imaginar a Lenin no obstante toda la devoción popular que levantaba, haciendo el papel de Stalin, un papel que constituye un incentivo constante para la gente que quiere deducir de ello que el Soviet y Mussolini es la misma cosa, y que llama al destino de Arístides. Cuando los rusos alcancen mayor educación y sean capaces de pensar por su propia cuenta, ¿cómo reaccionarán los jóvenes ante el icono?

UN RECUERDO INFANTIL

POR IGNACIO SILONE

De Partisan Review

CONSERVO con sorprendente claridad muchos recuerdos de cuando tenía apenas tres o cuatro años. Pero el primero de todos mis recuerdos es uno aislado y que si bien mis amigos no lo creen auténtico, no abrigo la menor duda acerca de él. Data del día lejano en que fui destetado.

Por una costumbre local de aquel entonces, deduzco que debía yo tener de dieciocho meses a dos años de edad. Pero debo explicar antes que en la región donde yo he nacido, se recurre a un subterfugio muy antiguo y por cierto muy eficaz para obligar a una criatura a aceptar voluntariamente otro ali-

mento que el de la leche materna con que se había nutrido durante un largo período. Cuando una madre cree llegado el momento oportuno para el destete, sin que la vea la criatura, se ennegrece el pecho con carbón u otra cosa y cuando el chico quiere comer, se lo brinda normalmente. La criatura queda asombrada y aterrorizada ante el aspecto inesperado del pecho materno y reacciona "de acuerdo a su temperamento". Algunos chicos se echan a llorar a la espera de que la suciedad desaparezca; otros pensándolo cierran los ojos y maman llenos de espanto. Hay los que intentan mamar, pero que a la

vista del color se asquean. El resultado final es, sin embargo, siempre el mismo: la criatura abandona el pecho y prefiere otro alimento. Recuerdo con precisión que este truco cruel tuvo éxito conmigo en seguida. Junto a mi madre estaba sentada una amiga aquel día. Mi madre estuvo triste y silenciosa como siempre que tenía que hacer algo que desaprobaba íntimamente; pero que la tradición le exigía. La amiga, en cambio, me miraba y se reía. Recuerdo la mezcla de terror y disgusto con que descubrí la transformación misteriosa del seno materno. Fué el primer momento trágico de mi vida. Tuve que despedirme para siempre de aquellos dulces, íntimos y redondos pechos queridos de los cuales había extraído has-

ta entonces mi alimento de modo tan fácil y maravilloso.

Tres años más tarde sucedió la misma cosa con mi hermanito. Esta vez era yo el espectador. Mi hermano lloraba y chillaba. También esta vez mi madre estuvo triste y silenciosa. Me preguntó de pronto el efecto que la cosa me había hecho a mí tres años antes y se mostró sorprendida al saber que yo recordaba todo muy claramente y que aun no lograba comprender cómo ella, que siempre era tan solícita y cariñosa conmigo pudo engañarme en esa forma.

—Pero yo debía alimentarte ya con otra cosa—trataba de explicarme.

—¿Y tenías que hacer eso?—le objeté yo.—¿Tenías que hacerlo?

LOS PRECURSORES

POR HORACIO QUIROGA

1879-1937

YO soy ahora, ché patrón, medio letrado, y de tanto hablar con los catés y los compañeros de abajo, conozco muchas palabras de la causa y me hago entender en la castilla. Pero los que hemos gateado hablando guaraní, ninguno de éstos nunca no podemos olvidarlo del todo, como vas a verlo en seguida.

Fué entonces en Guaviro—mí donde comenzamos el movimiento obrero de los yerbales. Hace ya muchos años de esto, y unos cuantos de los que formamos la guardia vieja—así no más, patrón—están hoy difuntos. Entonces ninguno no sabíamos lo que era mise-

ria del mensú; reivindicación de derechos, proletariado del obraje, y tantas otras cosas que los guainos dicen hoy de memoria. Fué en Guaviro—mí, pues, en el boliche del gringo Vansuite (Van Swieten) que quedaba en la picada nueva de Puerto Remanso al pueblo.

Cuando pienso en aquello, yo creo que sin el gringo Vansuite no hubiéramos hecho nada, por más que el fuera gringo y no mensú.

¿A usted le importaría, patrón, meterte en las necesidades de los peones y fiarnos porqué sí? Es lo que te digo.

¡Ah! El gringo Vansuite no era mensú, pero sabía tirarse macanudo de ha-

cha y machete. Era de Holanda, de allaité, y en los diez años que llevaba de criollo había probado diez oficios, sin acertarle a ninguno. Parecía mismo que erraba a propósito. Cinchaba como un diablo en el trabajo, y en seguida buscaba otra cosa. Nunca no había estado conchabado. Trabajaba duro, pero solo y sin patrón.

Cuando puso el boliche, la muchachada creímos que se iba a fundir, porque por la picada nueva no pasaba ni un gato. Ni de día ni de noche no vendía ni una rapadura. Sólo cuando empezó el movimiento los muchachos le metimos de firme al fiado, y en veinte días no le quedó ni una lata de sardinas en el estanteo.

¿Qué cómo fué? Despacio, ché patrón, y ahora te lo digo.

La cosa empezó entre el gringo Vansuite, el tuerto Mallaria, el turco Taruch, el gallego Gracián... y opama. Te lo digo de veras: ni uno más.

A Mallaria le decíamos tuerto, porque tenía un ojo grandote y medio saltón que miraba fijo. Era tuerto de balde, porque veía bien con los dos ojos. Era trabajador y callado como el solo en la semana y alborotador como nadie cuando andaba de vago los domingos. Paseaba siempre con uno o dos hurones encima—irará, decimos—que más de una vez habían ido a dar presos a la comisaría.

Taruch, era un turco de color obscuro, grande y crespo como lapacho negro. Andaba siempre en la miseria y descalzo, aunque en Guaviro—mí tenía dos hermanos con boliche. Era un gringo buenazo, y bravo como un yarará cuando hablaba de los patrones.

Y falta el sacapiedra. El viejo Gra-

cián era chiquito, barbudo y llevaba el pelo blanco todo echado atrás como un mono. Tenía mismo cara de mono. Antes había sido el primer albañil del pueblo; pero entonces no hacía sino andar duro de caña de un lado para otro, con la misma camiseta blanca y la misma bombacha negra tajeada, por donde le salían las rodillas. En el boliche de Vansuite escuchaba a todos sin abrir la boca; y sólo decía después: "Ganas", si le encontraba razón al que había hablado, y "Pierdes", si le parecía mal.

De esos cuatro hombres, pues, y entre caña y caña de noche, salió limpito el movimiento.

Poco a poco, la voz corrió entre la muchachada, y primero uno, después otro, empezamos a caer de noche al boliche, donde Mallaria y el turco gritaban contra los patrones, y el sacapiedra decía sólo "Ganas" y "Pierdes".

Yo entendía ya medio—medio-las cosas. Pero los chúcaros del Alto Paraná decían que sí con la cabeza, como si comprendieran, y les sudaban las manos de puro bárbaros.

Asimismo alborotamos la muchachada, y entre uno que quería ganar grande, y otro que quería trabajar poco, alzamos como doscientos mensús de yerba para celebrar el primero de mayo.

¡Ah, las cosas macanudas que hicimos! Ahora a vos te parece raro, patrón, que un bolichero fuera el jefe del movimiento, y que los gritos de un tuerto medio borracho hayan despertado la conciencia. Pero en aquel entonces los muchachos estábamos como borrachos con el primer trago de justicia—¡Chá, que iponaicito, patrón!

Celebramos, como te digo, el primero de mayo. Desde quince días antes nos reuníamos todas las noches en el boliche a cantar la Internacional.

¡Ah!, no todos. Algunos no hacían sino reírse, porque tenían vergüenza de cantar. Otros, más bárbaros, no abrían ni siquiera la boca y miraban para los costados.

Así y todo aprendimos la canción. Y el primero de mayo, con una lluvia que agujereaba la cara, salimos del boliche de Vansuite en manifestación hasta el pueblo.

¿La letra, decís, patrón? Sólo unos cuantos la sabíamos, y eso a los tiro-nes. Taruch y el herrero Mallaria la habían copiado en la libreta de los mensualeros, y los que sabíamos leer íbamos de cuatro apretados contro otro que llevaba la libreta levantada. Los otros, los más cerreros, gritaban no sé qué.

¡Iponá esa manifestación, te digo, y como no veremos otra igual! Hoy sabemos más lo que queremos, hemos aprendido a engañar grande y a que no nos engañen. Ahora hacemos las manifestaciones con secretarios, disciplina y milicos al frente. Pero aquel día burrotes y chúcaros como éramos, teníamos una buena fe y un entusiasmo que nunca más no veremos en el monte, añamembui!

Así íbamos en la primera manifestación obrera de Guaviró—mí. Y la lluvia caía que daba gusto. Todos seguíamos cantando y chorreando agua al gringo Vansuite, que iba adelante a caballo, llevando el trapo rojo.

¡Era para ver la cara de los patrones al pasó de nuestra primera manifestación, y los ojos con que los bolicheros

miraban a su colega Vansuite, duro como un general a nuestro frente! Dimos la vuelta al pueblo cantando siempre, y cuando volvimos al boliche estábamos hecho sopa y embarrados hasta las orejas por las costaladas.

Esa noche chupamos fuerte, y ahí mismo decidimos pedir un delegado a Posadas para que organizara el movimiento.

A la mañana siguiente mandamos a Mallaria al yerbal donde trabajaba, a llevar nuestro pliego de condiciones. De puro chambones que éramos, lo mandamos solo. Fué con un pañuelo colorado liado por el pescuezo, y un hurón en el bolsillo, a solicitar a sus patrones la mejora inmediata de todo el personal.

El tuerto contó a la vuelta que los patrones le habían echado por su cara que pretendiera ponerles el pie encima.

—¡Madona! había gritado el italiano.— Ma que pie ni que nada. ¡Se trata de ideas y no de hombres!

Esa misma tarde declaramos el boycott a la empresa.

Sí, ahora estoy leído, a pesar de la guaraní que siempre me se atraviesa. Pero entonces casi ninguno no conocíamos los términos de la reivindicación, y muchos creían que don Boycott era el delegado que esperábamos de Posadas.

El delegado vino, por fin, justo cuando las empresas habían echado a la muchachada, y nosotros nos comíamos la harina y la grasa del boliche.

¡Qué te gustaría a usted haber visto las primeras reuniones que presidió el delegado! Los muchachos, ninguno no entendía casi nada de lo que el más

desgraciado caipira sabe hoy en día de memoria. Los más bárbaros creían que lo que iban ganando con el movimiento era sacar siempre al fiado de los boliches.

Todos oíamos con la boca abierta la charla del delegado; pero nada no decíamos. Algunos corajudos se acercaban después por la mesa y le decían en voz baja al caray: "Entonces... Me mandó decir el otro mi hermano... que lo disculpés grande porque no pudo venir"...

U otro, cuando el delegado acababa de convocar para el sábado, lo llamaba aparte al hombre y le decía con misterio, medio sudando: "Entonces... ¿Yo también es para venir?"

¡Ah, los lindos tiempos, ché patrón! El delegado estuvo poco con nosotros, y dejó encargado del movimiento al gringo Vansuite. El gringo pidió a Posadas más mercadería, y nosotros caímos como langostas con las mujeres y los guainos a aprovisionarnos.

La cosa iba lindo: Paro en los yerbales, la muchachada gorda mediante Vansuite y la alegría en todas las caras por la reivindicación obrera que había traído don Boycott.

¿Mucho tiempo? No, patrón. Mismo duró muy poco. Un caté yerbatero fué bajado del caballo de un tiro, y nunca no se supo quién lo había matado.

¡Y ahí, ché amigo, la lluvia sobre el entusiasmo de los muchachos! El pueblo se llenó de jueces, comisarios y milicos. Se metió preso a una docena de mensús, se rebenqueó a otra, y el resto de la muchachada se desbandó como urús por el monte. Ninguno no iba más al boliche del gringo. De alborotados que andaban con la manifesta-

ción del primero, no se veía a uno ni para remedio. Las empresas se aprovechaban de la cosa, y no admitían a ningún peón federado.

Poco a poco, un día uno, después otro, los mensús fuimos cayendo a los establecimientos. Proletariado, conciencia, reivindicación, todo se lo había llevado Añá con el primer patrón muerto. Sin mirar siquiera los cartelones que llenaban las puertas aceptamos el bárbaro pliego de condiciones... y opama.

¿Qué cuánto duró este estado dice? Bastante tiempo. Por más que el delegado de Posadas había vuelto a organizarnos, y la Federación tenía en el pueblo local propio, la muchachada andábamos corridos y como avergonzados del movimiento. Trabajábamos duro y peor que antes en los yerbales. Mallaria y el turco Taruch estaban presos en Posadas. De los de antes, sólo el viejo sacapiedra iba todas las noches al local de la Federación a decir siempre "Ganas" y "Pierdes".

¡Ah! El gringo Vansuite. Y ahora que pienso por su recuerdo: El es el único de los que hicieron el movimiento que no lo vió resucitar. Cuando el alboroto por el patrón baleado, el gringo Vansuite cerró el boliche. Mismo, no iba más nadie. No le quedaba tampoco mercadería ni para media provista de un guaina. Y te digo más: cerró las puertas y ventanas del rancho. Estaba encerrado todo el día adentro, parado en medio del cuarto con una pistola en la mano, dispuesto a matar al primero que le golpeará la puerta. Así lo vió, según dicen, el bugré Josecito, que lo espío por una rendija.

Pero es cierto que la guainada no quería cortar por nada la picada nue-

va, y el boliche atrancado del gringo parecía al sol casa de difunto.

Y era cierto, patrón. Un día los guainas corrieron la noticia de que al pasar por el rancho de Vansuite habían sentido mal olor.

La conversa llegó al pueblo, pensaron esto y aquello, y la cosa fué que el comisario con los milicos hicieron saltar la ventana del boliche, por donde vieron en el catre el cadáver de Vansuite, que hedía mismo fuerte.

Dijeron que hacía por lo menos una semana que el gringo se había matado con la pistola. Pero en lugar de matar a las caipiras que iban a golpearle la puerta se había matado él mismo.

Y ahora, patrón, ¿qué me dice? Yo creo que Vansuite había sido siempre medio loco—tabui decimos. Parecía buscar siempre un oficio, y creyó, por fin, que el suyo era reivindicar a los mensús. Se equivocó también grande esta vez.

Y creo también otra cosa, patrón: Ni Vansuite ni Mallaria ni el turco, nunca no se figuraron que su obra podía alcanzar hasta la muerte de un patrón. Los muchachos de aquí no lo mataron; te juro. Pero el balazo fué obra del movimiento, y esta barbaridad el gringo no la había previsto cuando se puso de nuestro lado. Tampoco la muchachada no habíamos pensado encontrar cadáveres donde buscábamos derechos. Y asustados, caímos otra vez en el yugo.

Pero el gringo Vansuite no era mensú. La sacudida del movimiento lo alcanzó de rebote en la cabeza, media tabui, como te he dicho. Creyó que lo perseguían... Y opama.

Pero era gringo bueno y generoso. Sin él que llevó el primero el trapo rojo al frente de los mensús, no hubiéramos aprendido lo que hoy en día sabemos, ni éste que te habla no habría sabido contarte tu relato, che patrón.

Mairena en el café:

—Pero la dictadura de la alpargata, querido Mairena, sería algo absurdo y terrible, verdaderamente inaceptable.

—La alpargata, querido don Cosme, es un calzado cómodo y barato y más compatible con la higiene, y aun con el aseo, que esas botitas de charol que usted gasta.

—Siempre se sale usted por la tangente. De sobra sabe usted lo que le quiero decir.

—En efecto, usted habla como un gran lustreador, que dicen en Chile, betunero mayor del reino ideal de las extremidades inferiores. Y no concibe usted que en ese reino la alpargata pueda aspirar a la dictadura. Tiene usted muy poca imaginación, querido don Cosme.

—Buen guasoncito está usted hecho, amigo Mairena.

Antonio Machado.—Juan de Mairena.